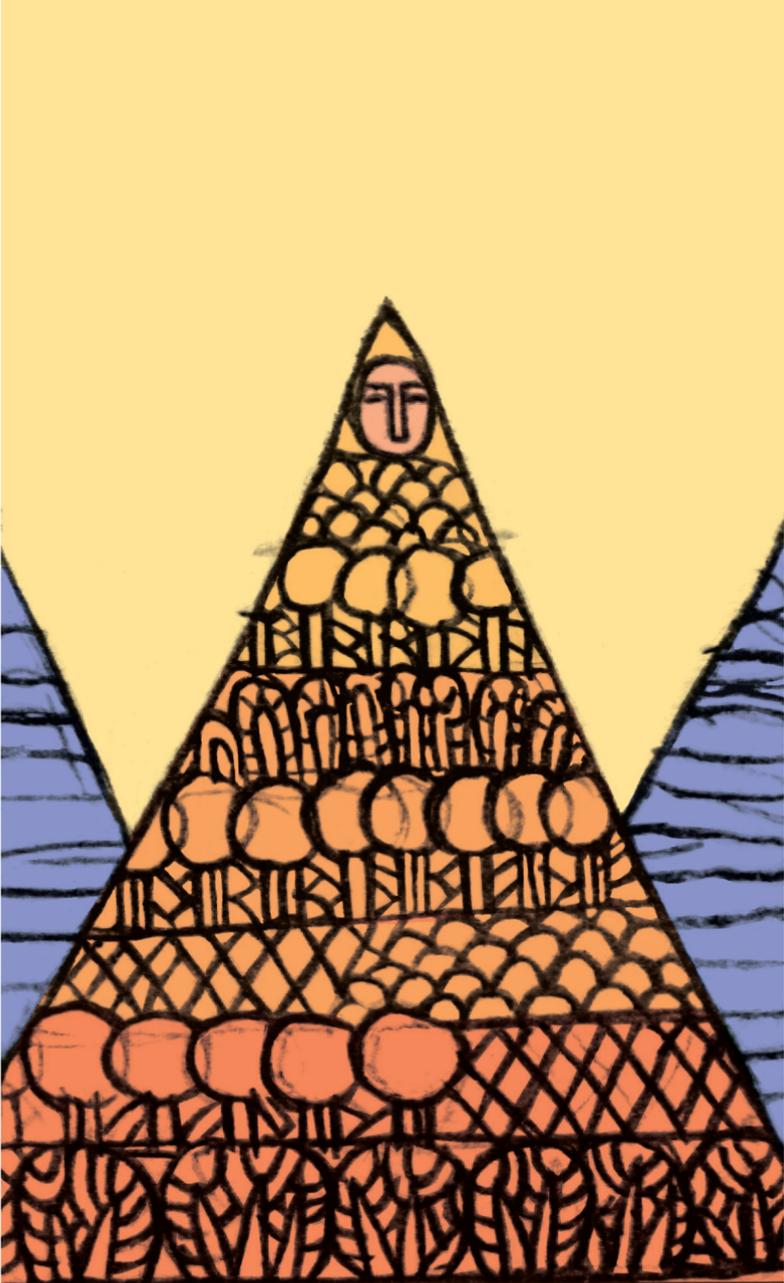


LA MONTAÑA
DE LAS AMATISTAS

ALLÍ DONDE LA NIEBLA, incluso en los días calurosos de verano, se levanta como un velo entre lomos moteados de verdes, y donde el silencio está lleno de sonidos que no lo rompen, se encuentra la Montaña de las Amatistas, madre de todas las criaturas del lugar, majestuosa y señora de la planicie que se extiende a sus pies, forrada de encinas y alcornoques de ramas pobladas.

En un claro del bosque, bajo una roca desnuda, se encuentra la entrada al Palacio subterráneo de los Encantados, donde vive el Duende Pilluelo, el más travieso de todos, que entra y sale cuando le da la gana. Nada le da miedo, y no tiene el menor reparo cuando se trata de hacer cualquier fechoría que se le pasa por la cabeza. En



cambio, de sus compañeros y compañeras, jamás se ve siquiera la sombra, a no ser que celebren algo y, como cosa excepcional, hayan organizado un baile en corro.

Más arriba, en un rincón protegido y umbrío, un gran peñasco del tiempo en que los gigantes jugaban a bolos, indica el lugar donde se encuentra la Poza de aguas negras, misteriosa y profunda, tintada y espesa donde vive la Doncella del Agua, de pelo negro y ojos como la noche, que hila un rayo de luz que ha robado a la Luna, para hacerse un velo como de novia. Bajo la superficie del agua, anguilas y barbos juegan a pillar o contemplan las musarañas, mientras que del lado del cielo un puñado de libélulas juega a mirarse al espejo o a mojarse la cola.

Y en el encinar más viejo de la montaña, en la zona fronteriza con el alcornocal, donde vive el herrerillo y las hojas duras de la Encina frotan las del Alcornoque, llenas de dientecillos, vive el Juez Sabio del bosque, el Castaño centenario de tronco poderoso e inabarcable, que ha visto ya tantas cosas que por eso lo sabe casi todo.

2

LA VÍSPERA DE SAN JUAN



LOS TORDOS DE AGUA, de plumas negras y pecho blanco, se congregan en la Poza Negra al caer la tarde. Les gusta ir a su aire y nunca vuelan en bandadas, pero el motivo que los lleva hasta la Poza les hace olvidar la manía que tienen de estar solos. A medida que van llegando, el aire se llena de un estallido de notas cortas y agudas y el agua de chapoteos cuando se lanzan de cabeza y bucean para atrapar un bocado. Son aves expertas en la pesca subacuática y están hambrientas.

—Ya están aquí esas pesadas —refunfuña Reinita, que de un salto se ha instalado en lo alto de una piedra mojada. Entonces, al ver a Memo entre la hierba alta, suspi-



ra—: ¡El que faltaba! Ese sapo asqueroso, con la espalda llena de verrugas, cargando siempre con esa infinidad de huevos, de un lado a otro.

Reinita es una rana muy mona, irisada de verdes, amarillos y castaños, con unos ojos dorados y una barriguita naranja. Y tiene una línea negra a cada lado, de la que se siente muy orgullosa. No hay muchas como ella, y presume de ello a todas horas.

—¡Bu! ¡Bu! ¡Bu! —la saluda Memo, que es un buenazo y tiene más paciencia que un santo.

—¡Qué necio eres, sapo! —le suelta Reinita sin la menor consideración—. Ya veo que han vuelto a endosarte los huevos.

—Pues sí —suspira Memo resignado.

—¡Tendrías que mandar a paseo a tu Mema! —lo riñe la ranita.

—Si tú lo dices... —responde el sapo sin ofenderse.

—¡A mí ni fu ni fa! ¿Qué más me da? —replica Reinita con muy malos modos. Y entonces cambia de tema—: ¿Has visto a éstos? ¡Menudo escándalo están armando! Hoy volverán a darnos la noche.

—¿Estás segura? —dice Memo mirando de reojo a los Tordos de Agua y recolocándose los huevos sobre las patas traseras.

—¿No has visto el calor que ha hecho durante todo el día? Esas aves sólo vienen las noches de luna llena o

cuando hace este bochorno —le explica Reinita, que se las da de lista.

—Tienes razón —responde el sapo.

—¡Hoy habrá juerga! ¿Qué te apuestas? —añade la otra desafiante.

—Nada. Seguro que ganarías tú... —Memo no está de humor para juegos. Además ya hace mucho que conoce a Reinita.

—¡Ay, Memo, que aburrido eres! —suspira la ranita de mal humor.

—Eso dice todo el mundo. —Y como sabe que es verdad, Memo no se defiende.

—¡Contigo no se puede discutir! —se enfada Reinita.

—No. —Y es que Memo es un animalito tranquilo, que nunca se mete en líos y no sabe llevarle la contraria a nadie.

—¡Me sacas de quicio! ¡Feo, más que feo! —le grita Reinita, de pronto furiosa.

—¿Ya empezamos de nuevo? —dice una voz tan suave como un silbido que se escapa entre los dientes.

Ni Reinita ni Memo se han dado cuenta de que la Culebra Viperina, consejera de la Doncella del Agua, Reina de la Poza Negra, ha salido del agua, con la panza llena, y se ha acercado a ellos.

—¡Menudo susto! —exclama Reinita alejándose de un salto. No se fía ni un pelo de la Culebra, aunque esté ahí-

ta, y siempre procura mantenerse a buena distancia, no fuera a suceder que a la serpiente le entrara un súbito deseo de tomarse unos postres de rana para rematar el festín, fuera lo que fuera lo que ya hubiera devorado.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero oírte mortificar a Memo? —le advierte la Culebra amenazadora, sin levantar la voz ni un poquito.

—¡Cra-cra-cra! —protesta la ranita mientras se aleja a saltitos, dándose impulso con sus patas largas y fuertes.

El día ya mengua, pero no acaba de decidirse a dejar paso a la noche.

Los tordos se sacuden las plumas, inquietos, alterados.

—¡Ay, que salga la Luna, que salga la Luna! —suspira una de las aves.

—¡Ay sí, que salga, que salga! —responden las otras a coro, porque en las noches bochornosas de verano, se transforman en ninfas, que bailan y se bañan en la Poza bajo la luz plateada. Y si además es la Noche de San Juan, trenzan con su pelo negro los corazones de los enamorados, y si tienen suerte y consiguen conquistar el amor de un hombre, se convierten para siempre en mujeres de verdad y jamás vuelven a ser aves.

—¡Qué obsesión con los hombres! —se ríe la Doncella del Agua, Reina de la Poza, mientras hila que te hila su velo de luz y ellas se bañan y alborotan.

—¿Qué puede haber mejor? —preguntan los Tordos

de Agua sorprendidos—. ¡Si es el hijo predilecto de la Montaña!

La Reina de la Poza los mira burlona.

—¡Pobres criaturas alocadas! —suspira toda de agua tornasolada, mientras meneaba la cabeza de un lado a otro. Y es que ella nunca ha querido enamorar a ningún hombre para llegar a ser una criatura humana, porque ama su condición de mujer de agua y la vida tranquila en la Poza.

EL CASTAÑO, Juez del Bosque, teme la Noche de San Juan.

El viejo árbol, que vive en el bosque desde hace cientos y cientos de años, tiene las ramas cansadas, pero a pesar de su corteza agrietada, rebrota cada primavera. La tierra a sus pies se engalana, invierno y verano, con la alfombra esponjosa y nutritiva que forman las hojas del árbol, brillantes y dentadas, cuando caen en otoño, tintadas de rojos y de amarillos, mezcladas con sus ramos de tres flores que se convierten en un estuche duro, recubierto de pinchos, para proteger sus frutos, las castañas que la chiquillería recoge cuando se acerca el frío, para tostarlas y comérselas con boniatos y dulces de mazapán.

Es un árbol sabio. Todos en la Montaña de las Amatistas lo respetan y acatan sus decisiones, porque es justo y sólo interviene cuando realmente es necesario. Como

hizo, hace muchísimos años, el día que condenó al Fuego, hijo de la Montaña, a vivir confinado en el vientre de su madre, en el fondo de un volcán apagado, para que no pudiera hacer de las suyas, sembrando la destrucción en el bosque. Sólo durante la Noche de San Juan, el condenado puede efectuar una salida y divertirse un poco, danzando en las hogueras de los hombres que están de fiesta.

—¿Estás preocupado, amigo mío? —le pregunta la Montaña de las Amatistas al Juez del Bosque. Todo el día lo ha visto meditabundo y conoce muy bien el motivo.

—Cada año es un riesgo. Ya lo sabes. De entre todos tus hijos, querida Montaña, el Hombre y el Fuego son los que nos dan más dolores de cabeza —le contesta el Castaño centenario con un suspiro.

—Sólo es una noche de fiesta y el Hombre siempre tiene mucho cuidado —le responde la Montaña, conciliadora, tratando de tranquilizar a su viejo compañero.

—Las músicas y saraos no traen nada de provecho —sentencia de pronto el Dragón, casi invisible de tan quieto como está, aprovechando los últimos rayos de sol, sobre un montón de corcho.

El Dragón es el consejero del Castaño Juez. Tiene un cuerpo plano, cubierto de escamas y es de un color gris oscuro, con bandas tirando a negro. Nunca se ha fiado de los humanos y menos aún desde que perdió la cola a manos de un chavalillo. De esto hace ya tiempo y el



miembro perdido le ha vuelto a crecer, aunque nunca tendrá ni el color ni la belleza de su primera cola, la que tenía al nacer.

—Un día es un día —dice la Montaña.

—Querrás decir una noche —la corrige, bromeando, el Castaño.

—Quien pierde la noche, pierde el día —sentencia muy serio el Dragón, que no tiene el menor sentido del humor.

—No sufráis —insiste la Montaña—, el Hombre es el más listo de mis hijos. Y no es devoción de madre —añade enseguida, antes de que puedan reprocharle la predilección que siente por esa criatura suya—. Fijaos si no en cómo consigue todo cuanto se propone. Ha sido capaz de canalizar las aguas y aprovechar la fuerza de los vientos, de cultivar la tierra y de domesticar a los animales. Y es el único que ha dominado al Fuego, ese otro hijo mío tan rebelde.

—Le quieres tanto que sólo sabes verle las gracias. El cariño te ciega, querida Montaña —le dice el Castaño—. Todo cuanto dices del Hombre es cierto, pero también lo es que ensucia el aire y el agua y que muchos árboles del bosque están enfermos a causa de todo lo que él hace, porque es un desconsiderado.

Y la Montaña se calla, porque sabe que el Castaño tiene razón.